

EREBEA

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales

Núm. 12, 1 (2022), pp. 65-83

ISSN: 0214-0691

<https://doi.org/10.33776/erebea.v12i1.7647>

LA ANTROPOLOGÍA ÉTICA DE MORIN EN LA SOCIEDAD POSVERDAD Y POST-COVID

Miguel Palomo

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

En contraposición a este pensamiento científicista imperante, una de las ideas que fundamentan el pensamiento de Edgar Morin es el del retorno al humanismo, que habría que reconstruir de modo que la sociedad sea capaz de aprehender la realidad en todos los aspectos que la componen. A este fin, Morin propone la antropoética, como actuación y vida ética que tiene en cuenta aspectos antropológicos del ser humano, para reconectar a individuo, sociedad y especie, incluyendo por tanto la realidad humana, social y biológica. A partir de aquí, pretendemos interpretar la reforma epistemológica que plantea Morin como argumento para reconstruir las solidaridades sociales necesarias para combatir las amenazas a la calidad democrática y educativa provenientes de los fenómenos de la desinformación y la posverdad.

PALABRAS CLAVE

Antropoética, epistemología, posverdad, educación.

ABSTRACT

In contrast to this prevailing scientific thinking, one of the ideas underlying Edgar Morin's thought is the return to humanism, which should be reconstructed in such a way that society is capable of apprehending reality in all its constituent aspects. To this end, Morin proposes anthropoetics, as action and ethical life that takes into account anthropological aspects of the human being, in order to reconnect individual, society and species, thus including human, social and biological reality. From here, we intend to interpret the epistemological reform proposed by Morin as an argument to reconstruct the social solidarities necessary to combat the threats to democratic and educational quality coming from the phenomena of disinformation and post-truth.

KEYWORDS

Anthropoetics, epistemology, post-truth, education.

Fecha de recepción: 7 de febrero de 2022

Fecha de aceptación: 27 de abril de 2022

[...] *El futuro, antes de que llegue, está aquí [...] al mismo tiempo que no lo está. El futuro será un cóctel desconocido entre lo previsible y lo imprevisible*

(Morin, 2011, p. 17)

I. INTRODUCCIÓN¹

Nuestra sociedad ha abanderado la idea del progreso durante siglos. Sin embargo, esa idea se ha convertido en un ideal alcanzado en base, principalmente, a un tipo muy concreto de pensamiento: el del materialismo cientificista y el cientificismo, los cuales, tras un gran auge a principios del siglo xx y bajo el paraguas del pensamiento postmoderno en los años posteriores, siguen teniendo una importancia capital y un lugar primordial en el pensamiento actual. Sin embargo, esta idea de una progresión *ad infinitum* se ha mostrado inadecuada en las últimas décadas, en tanto que está siendo ineficaz para abordar gran parte de los problemas actuales.

En contraposición a este pensamiento cientificista, una de las ideas que fundamentan el pensamiento filosófico de Edgar Morin es el del retorno al humanismo, el cual habría que reconstruir, al menos conceptualmente, de modo que la sociedad sea capaz de aprehender la realidad en todos los aspectos que la componen. Como parte de esa vuelta al humanismo, Morin propone la denominada *antropoética*, una propuesta de actuación y vida ética que tiene en cuenta aspectos antropológicos del ser humano, la cual, lejos de utilitarismos y de dogmatismos, no engloba principios o reglas morales que deben seguirse para alcanzar la moralidad y realizar de ese modo actos morales, sino que busca englobar tanto al individuo como a la sociedad en la que se encuentra y a la especie a la que pertenece, incluyendo por tanto la realidad humana, social y biológica que determina la existencia de los seres humanos, y que, en términos de Morin, pertenece a la concepción compleja de lo humano.

Si bien la triada de individuo-sociedad-especie pudiese parecer una conceptualización filosófica que nada tiene que ver con la realidad del día a día, en contraposición al pensamiento que aboga por el materialismo cientificista (que habitualmente alaba los avances en tecnología o en materia económica), lo cierto es que puede ayudarnos a resolver problemas que ocupan en nuestros días noticieros y periódicos, algo para lo que la posición materialista ha resultado ineficaz. Como ejemplo de eficacia de la antropoética, me gustaría proponer el fenómeno de la posverdad, del que derivan problemas como, por ejemplo, la difusión de

¹ Esta publicación es parte del proyecto de investigación «Los sótanos de la desinformación. De usuarios a terroristas en la sociedad digital» (DESTERRA), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, ref.: TED2021-130322B-I00

noticias falsas o *fake news*, o la utilización de internet con el objeto de modificar el pensamiento (ya sea social, político o ideológico) de las personas (Palomo, 2021a; Palomo, 2021b). Si bien el materialismo científicista se encuentra infértil para enfrentarse a estos problemas, ya que deja de lado el aspecto trascendental y humanista de la realidad, la antropoética es un paradigma fértil para nuestros días, a lo cual dedico el resto de este trabajo.

El lugar principal donde se ha expandido el fenómeno de la posverdad es en las redes digitales, una realidad ontológicamente diferente a la realidad urbana, donde habitualmente se venían dando la mayoría de problemáticas sociales, políticas, económicas e incluso antropológicas, hasta la normalización del uso de estas nuevas tecnologías para gran parte de la ciudadanía, una vez entrado el siglo XXI. El auge de estas nuevas tecnologías es recibido en principio con optimismo, algo que se refleja en palabras de Morin:

Antes de Internet, los medios, especialmente la televisión, eran escuelas salvajes en concurrencia con la escuela pública; hoy Internet es la enciclopedia en la que todos los saberes están a disposición del joven internauta que puede oponer su saber googlizado al saber de su profesor (Morin, 2015, p. 46).

Pero, aunque efectivamente internet supone un avance educativo en muchos aspectos, ha permitido esta nueva situación que, exceptuando contadas figuras de la filosofía hispana (como Javier Echeverría), pocos han sabido predecir. Este auge de la comunicación a través de internet, una comunicación que tiene lugar casi instantáneamente entre personas por muy lejos, espacialmente hablando, que se encuentren, ha sido utilizado nocivamente.

La utilización de herramientas digitales para situar pensamiento generado artificialmente (es decir, un pensamiento que no surge espontáneamente del desarrollo de la historia y de las ideas en nuestro tiempo) es algo que lleva utilizándose durante años en diferentes sociedades. Ejemplo de ello son las incidencias de diferentes herramientas tecnológicas (como, por ejemplo, redes sociales) para influenciar procesos democráticos en sociedades libres, como puede haber sido, por ejemplo, en la votación para la salida del Reino Unido de la Unión Europea, en las elecciones presidenciales de EE. UU. de 2016 o en las elecciones presidenciales brasileñas de 2018. Esta influencia se ejerce principalmente mediante la creación de ítems informativos, como memes, noticias falsas o imágenes acompañadas de textos, que se comparten en redes sociales con la esperanza de que se viralicen (es decir, sean difundidos masivamente en un corto periodo de tiempo), alcancen una enorme cantidad de sujetos receptores, y éstos sigan difundiendo dicha información (ver Wagner, 2021). Esto, del mismo modo, lo hemos encontrado

multiplicado con creces tras la aparición del Covid-19, especialmente una vez que llega a tener una incidencia directa en Europa.

Aunque podría pensarse que este hecho solamente tiene una incidencia política, lo cierto es que la utilización de herramientas tecnológicas de este modo en nuestros días consigue no solamente obtener beneficio político, sino que consigue también modificar el pensamiento o cosmovisión de las personas que reciben dicha información. A esto podríamos denominarlo un tipo de plantación de pensamiento artificial en los sujetos, algo que posee un claro precedente en la práctica del *astroturfing*. De este modo, estamos ante un problema cuyas respuestas (a qué tipo de incidencias nos enfrentamos, de dónde provienen, cómo solucionarlas y cómo prevenirlas en el futuro) deben ser propuestas desde la filosofía; y, además, este problema nos muestra la existencia de una mayor separación de la tríada individuo-sociedad-especie, pues nos manipula como individuos, nos deshace como sociedad pacífica y nos destruye como especie en relación con el entorno natural. De hecho, un fomento de la unión de dicha tríada podría ayudar a comenzar a paliar el problema generado por los fenómenos de la posverdad y de la desinformación, que, en resumidas cuentas, con los que han presentado el marco de actuación de los sujetos que utilizan estas herramientas digitales nocivamente y, por tanto, que han permitido que estos hechos tengan lugar.

El hecho de que la antropoética pueda servir para solucionar problemas actuales muestra que, como defiende Morin, primeramente la filosofía especulativa y la ciencia sin reflexión son, a todas luces, insuficientes (una idea que sobrevuela toda la obra *Ciencia con consciencia* —Morin, 1984—); y, por otro lado, también muestra que la filosofía moriana puede ser útil para problemas que, a priori, surgen posteriormente en el tiempo con respecto al momento en el que dichas ideas son formuladas por el filósofo.

Como primera tarea para presentar la tesis principal de este trabajo, debemos reconstruir, en base a la antropoética moriana y a de qué modo sirve para orientarnos en la extraña realidad en la que actualmente desarrollamos nuestras vidas (especialmente en la sociedad post-Covid-19), el contexto de la problemática contemporánea con la que nos encontramos. Esta antropoética, basada en la unión de las tres realidades señaladas arriba, nos permite enfrentarnos a los problemas sociales como parte de nuestra propia realidad:

Toda concepción del género humano significa el desarrollo conjunto de las autonomías individuales, de las participaciones comunitarias y del sentido de pertenencia a la especie humana (Manjarrez y Alvarado, 2009, p. 170).

Como dice Morin, haciendo referencia a *El Método*, «Lo único que es real es la conjunción del orden y del desorden, y digo que el problema de todo cono-

cimiento moderno es concebir esta conjunción» (Morin, 1984, p. 113). La relevancia de este pensamiento es que, como si fuera una especie de profecía (aunque ciertamente no lo es, sino que se trata de que el germen de los problemas actuales se encuentra en el pasado) vemos en estas palabras que el problema de nuestros días es que el desorden del conocimiento en la sociedad es tan real como el orden, siendo la realidad la conjunción de ambos aspectos de la existencia, teniendo en cuenta, además, que la epistemología es un orden que está sometido de modo inherente a la antropoética (Tello, 2011, p. 492). Orden y desorden, realidad y ficción, veracidad y falsedad. Aunque la dicotomía en Morin puede convertirse en síntesis, socialmente la realidad es que la conjunción es real, y nadamos e intentamos salir a la superficie en ella. Morin explica esta síntesis de la siguiente manera:

Se trata de la complementariedad indispensable de dos realidades de orden diferente para concebir la aparición de las formas, estructuras, organizaciones nuevas, como por ejemplo, la aparición de un mutante que se convierte en el fundador de una nueva especie (Morin, 1984, p. 125).

Si bien hay que recordar que en el contexto de esta cita Morin se refiere concretamente al papel de la ciencia en el conocimiento, esta idea puede servirnos para comprender el estado del conocimiento en el contexto del orden social que estos días nos envuelve, en el que está en juego el mismo orden democrático que sostiene los principios organizativos de la ciudadanía. En este sentido, resulta clave comprender el papel del fenómeno de la posverdad a la hora de tratar este problema que ataca los mismos fundamentos de las democracias, atentando contra el sentimiento ciudadano que permite la conjunción, primeramente, de los dos términos individuo-sociedad; y, a posteriori, la relación de éstos con el ser humano en su realidad de especie, principalmente en tanto en cuanto atenta con la realidad ecológica. En este sentido, el mismo Morin ha señalado que los procesos degenerativos en las democracias contemporáneas son fruto de una pérdida de la conciencia ciudadana por parte de los individuos:

No cabe duda de que existen procesos de degeneración, de insensibilización de la democracia. La deriva oligárquica es uno de ellos, pero hay más. La pérdida de savia ciudadana se encuentra también en el origen de estas derivas, al igual que la ausencia de democracia cognitiva, es decir, la incapacidad de los ciudadanos para adquirir conocimientos técnicos y científicos, que les permitirían comprender y abordar problemas cada vez más complejos (Hessel y Morin, 2012, p. 50).

El fenómeno de la posverdad no solamente nos separa como conjunto social, sino que impide que podamos alcanzar un conocimiento unificado de la situación real y de aquello que debemos alcanzar (la conjunción de los términos incluidos en la tríada de la antropoética), conocimiento que efectivamente nos permitirá solucionar problemas que se derivan de estas situaciones y de nuestra misma presencia en la Tierra, en su sentido y deriva antropológica. Esto, en el pensamiento de Morin, debemos tomarlo como una oportunidad para realizar una mejora como ciudadanos y como sociedad.

2. SITUACIÓN ACTUAL EN NUESTRA SOCIEDAD

Si bien no encontramos que Morin trate de un modo directo en sus escritos los problemas derivados del fenómeno de la posverdad, sus reflexiones pueden utilizarse para intentar encontrar una salida al laberinto en el que nos encontramos, o al menos para aceptar el caos dentro del orden (o el orden dentro del caos) en el que nos encontramos como sociedad: puede servir para realizar una comprensión del futuro, una configuración del *estar* futuro, y del *ser* de nuestro ser futuro. En este sentido, Morin acierta al señalar la posición compleja en la que se encuentra en ser humano, en contraposición a ideales simples que suelen provenir de ámbitos científicistas:

Morín nos plantea que nuestra realidad en el cosmos es compleja, multidisciplinaria, multidimensional, planetaria y global y que nuestros saberes han estado orientados hacia la especialización desde la revolución científica, lo cual ha provocado una incompreensión y falta de capacidad para solucionarlos (Rodríguez, 2019, p. 62).

De este modo, se señalan algunos de los desafíos con los que se encuentra el ser humano, entre los que hallamos el debilitamiento de la responsabilidad y de la solidaridad con respecto al prójimo, algo claramente propio de nuestros días:

El desafío cívico indica el debilitamiento de una percepción global [que] conduce al debilitamiento del sentido de responsabilidad, ya que cada uno tiende a no ser responsable más que de sus tareas especializadas, así como el debilitamiento de la solidaridad, porque nadie percibe ya su lazo orgánico con su ciudad y sus conciudadanos (Rodríguez, 2019, p. 62).

En este sentido, creo que es difícil rebatir que el fenómeno de la posverdad debilita el sentido de responsabilidad del ciudadano, tal y como hemos podido comprobar en el contexto de aparición del Covid-19, en el que multitud de bulos y noticias falsas han alentado y todavía animan a los ciudadanos a no utilizar

medidas sanitarias básicas para impedir la propagación del coronavirus. Es, por tanto, un desafío ético y cívico conseguir que este fenómeno sea contrarrestado.

Para contrarrestar este tipo de problemas globales, Morin explica cuál es el desafío de los desafíos, es decir, una reforma del pensamiento «que nos permita a partir del uso de la plena inteligencia unir las culturas separadas, como ya se dijo la científica y la humanista» y una en el ámbito de la educación como «reforma de la enseñanza que conlleve a una reforma del pensamiento y se establezca en ciclo continuo» (Rodríguez, 2019, p. 63). Si bien la educación es uno de los grandes retos de la actualidad, no exento de la incidencia del fenómeno de la desinformación y de la posverdad (ver García Moro et al., 2020; Palomo 2021c), la antiproética podría ser de ayuda y utilidad en este punto. El fenómeno de la desinformación y de la posverdad, del mismo modo, por un lado se posiciona en contra de la unión de las culturas separadas en su aspecto literal, pues podemos comprobar fácilmente la existencia de todo tipo de bulos e informaciones de dudosa calidad que han buscado impedir la llegada de personas de culturas distintas a la europea a estas tierras, utilizando la Covid-19 como excusa; y también en contra de una cultura de la educación de calidad, pues el proceso de aprendizaje ha sido minimizado, no solamente como resultado del doloroso pero necesario confinamiento de profesores y de discentes, sino también como resultado de la utilización de herramientas digitales cuya finalidad última no es la educación del discente sino el *engagement* de los usuarios, como es el caso de algunas herramientas de la corporación *Alphabet*, a la que pertenece *Google* (tal es el caso, por ejemplo, de herramientas como *Youtube* o *Google Classroom*; ver Palomo, 2020).

Ahora bien, si hablamos del fenómeno de la posverdad es porque tenemos una primera concepción de la *verdad* al menos en dos niveles: primeramente al nivel social del concepto y seguramente del concepto filosófico de *verdad*, que a su vez incide directamente sobre el lugar antropológico en el que el ser humano se presenta. Es por ello que debemos dilucidar qué entiende Morin por tal noción:

Llegamos aquí al doble problema de la verdad que es imperativo distinguir; existe la verdad de las teorías científicas que cree tener su fundamento, su justificación y su prueba en el universo de los fenómenos, es decir, bien sea por observaciones hechas por observadores diferentes, bien sea por experimentaciones hechas por experimentadores diferentes; esta verdad de facto es totalmente distinta de esa otra verdad (aunque lleve el mismo nombre) que se refiere a ortodoxias, normas, finalidades, creencias, que se piensa que son sanas, buenas, justas, necesarias y vitales para la sociedad. [...] Dicho de otro modo, todo lo que surge de nuevo en relación al sistema de creencias o de valores establecidos aparece siempre y necesariamente como una desviación y corre el riesgo de ser aplastado como error. Ahora bien, de hecho la historia ha evolucionado a través de estos errores relativos —sean ideológicos, políticos, religiosos o científicos—, y es aquí efectivamente donde se puede hablar de vagabundeos o de juego del error y de la verdad (Morin, 1984, p. 279).

Podemos comprobar, por tanto, que la noción de verdad que usa Morin no solamente es consistente, sino que es útil para el problema de la posverdad y de la desinformación que tenemos entre manos. En este sentido, el juego entre el error y la verdad que señala Morin hace que la sociedad sea modificada y avance (o al menos avance en ciertos aspectos, ya sea como avance real o como apariencia de avance), y, como ejemplo, el pensador propone el caso de Cristóbal Colón creyendo que iba a la India al descubrir el continente americano. En este sentido, y siguiendo dicho juego entre el error y la verdad, ¿quién sabe si como fruto del fenómeno de la posverdad se podrían presentar categorizaciones y formas de aprehensión de la realidad que nos permitan comprender nuestro lugar como *seres* en el siglo XXI? De hecho, aunque Morin no apunte directamente a estos problemas, da indicios de que está viendo venir este asunto en palabras como las siguientes:

La necesidad de la duda se ve acrecentada en nuestra época en la que informaciones falsas, rumores, chismes, no son vehiculizados solamente por el boca a boca sino propagados a una velocidad y con una amplitud inéditas por Internet. Es preciso saber también que la duda incontrolada e ilimitada se transforma en la certeza paranoica de que todo es falso o mentira. También hay que saber dudar de la duda (Morin, 2015, p. 33).

Estas palabras son muy relevantes, ya que aunque Morin se posiciona en contra del concepto de la verdad absolutista propia de la filosofía moderna o ilustrada (como la propuesta, por ejemplo, por Descartes), de la cual posteriormente surgiría la idea de verdad absoluta del proyecto cientificista, del mismo modo Morin es consciente de que existe una *mentira* (donde se podría incluir lo que hoy entendemos como bulos, *fake news* y otros tipos de informaciones similares) que se aprovecha de los medios para ser difundida y que busca un tipo de desestabilización social. Ello es utilizado por distintos agentes que buscan implantar verdades «alternativas» alentado a las personas a acudir a medios no oficiales (foros de internet, comunidades virtuales, vídeos multimedia en redes sociales) o semioficiales (publicaciones periódicas con un alto sesgo ideológico en alguno de los extremos del espectro político). Es por ello que, señala, se debe dudar de la duda. Esto nos muestra que, aun yendo en contra de la noción ilustrada de *verdad* filosófica, en el ámbito social y ciudadano, aunque no todo es cierto, no todo lo que se presenta como la *verdad* es verdad.

Es interesante comprobar cómo, a pesar de que cuando Morin escribe gran porcentaje de sus obras estos problemas no se encuentran en el grueso de la sociedad, el filósofo muestra que en el germen del presente se encuentran los problemas del futuro, puesto que el futuro es producto del pasado. Lo explica con sus propias palabras:

Ciertamente, el estado del mundo presente contiene en potencia los estados del mundo futuro. Pero contiene gérmenes microscópicos que se desarrollarán y que todavía son invisibles a nuestros ojos [...] El futuro, antes de que llegue, está aquí [...] al mismo tiempo que no lo está. El futuro será un cóctel desconocido entre lo previsible y lo imprevisible (Morin, 2011, p. 17).

Es por ello que la antropoética, aun siendo anterior al problema de la posverdad y de la desinformación, sigue siendo útil para nuestros días. La perfecta conjunción de individuo-sociedad especie permitiría, primeramente, que los sujetos que fomentan este tipo de desinformaciones no las creasen, en tanto que si bien les permite obtener beneficio económico a nivel individual, por otra parte lo consiguen destruyendo el gluten que cohesionan la estructura social, que es la confianza en los individuos; y segundo, los individuos estarían centrados en comprobar si dicha desinformación se encuentra a favor o en contra de la tríada, beneficiando o siendo nociva para la unión de individuo-sociedad-especie. En este sentido, el problema, aunque de modo distinto, ya estaba presente en época de Morin: «El problema antropológico de la organización social y de la vida no ha encontrado su solución fundamental» (Morin, 2011, p. 51).

Es, precisamente, porque anteriormente este problema antropológico no ha encontrado solución, el motivo por el que hoy nos enfrentamos a una problemática que promete impedir, más aún si cabe, la unión de la tríada antropoética, lo cual, a nosotros como pensadores, nos muestra el camino a recorrer en el futuro y en el mismo presente.

3. EL CAMINO A RECORRER

Una vez señalado el problema que nos ocupa, ¿de qué modo enfrentarnos a él? Si deseamos seguir el pensamiento moriano y el camino marcado por él, lo primero que tenemos que decir es que, ante el fenómeno de la posverdad y la proliferación de noticias falsas, no parece resultar adecuado hacerse abanderado de la *verdad* en su sentido absoluto, pues su apropiación ocasionaría un desvío que tendría una relevancia importante en la unión de la tríada antropoética:

La aparición de la idea de verdad agrava el problema del error, pues cualquiera que se crea poseedor de la verdad se vuelve insensible a los errores que pueden encontrarse en su sistema de ideas, y evidentemente tomará como mentira o error todo lo que contradiga su verdad. La idea de verdad es la mayor fuente de error que se pueda considerar jamás; el error fundamental reside en la apropiación monopolista de la verdad (Morin, 1984, p. 278).

Estas palabras y argumentaciones surgen originalmente para afrontar la idea científicista de verdad, que ya hemos señalado propia de la modernidad y del proyecto ilustrado y que se posicionan en contra de la idea *metafísica* de una verdad, la cual es a la vez escurridiza y compleja, pero también imposible de ser cuantificada por las ciencias físicas. Esta forma de pensar que critica Morin posee demasiada confianza ciega en la razón humana y sus capacidades para alcanzar valores objetivos que funcionan en todo momento y para siempre, tal y como podemos comprobar:

La razón, lo hemos visto, posee, agazapado en su propio corazón, un irracionalizado oculto; la razón se vuelve loca cuando este irracionalizado oculto se desencadena, se convierte en amo y guía de la razón; por tanto, cuando el despliegue de la razón se transmuta en desencadenamiento irracional y cuando, en esta transmutación, hay, según las palabras de Horkheimer-Adorno, autodestrucción de la razón (Morin, 1984, p. 301).

Es clave, por tanto, que volvamos a la antropoética: es en esa tríada como podemos construir una comprensión de la realidad compleja que pueda permitirnos atacar el problema actual de la posverdad sin la necesidad de apelar a verdades absolutas creadas por la razón humana, las cuales, históricamente, han demostrado ser más que ineficaces para solucionar problemas que van más allá del problema inmediato que se presenta en el ámbito científico.

Siguiendo esta estela, Morin señala en *Ciencia con consciencia* que la racionalidad humana se utiliza a menudo para racionalizar aquello que es irracional, lo cual nos puede llevar irremediamente a la muerte. Creo que, aunque estas palabras preceden a nuestra situación actual, de nuevo pueden resultar guías para nuestros días, encontrando un claro ejemplo en la proliferación de bulos en los últimos años en el entorno digital, pero especialmente a partir de la primera mitad del año 2020: en el contexto de aparición del Covid-19, son incontables los bulos que han sido difundidos a través de multitud de canales electrónicos, los cuales han buscado racionalizar aquello que es a todas luces irracional: como por ejemplo la supuesta conexión de la tecnología 5G con las vacunas o la existencia de nano-robots en dichas vacunas, entre otros muchos. En este sentido, la muerte puede ser literal (aunque Morin la utiliza en sentido metafórico, quizá con mayor incidencia real de la que pueda entenderse directamente de sus palabras), en tanto en cuanto la proliferación de bulos que minusvaloran la eficacia de medidas sanitarias (como puede ser una simple vacuna) ocasiona de un modo indirecto la muerte de aquellas personas que han decidido confiar en la verdad de lo irracional, en la verdad del bulo: «Y la locura estalla cuando todos estos procesos de racionalización irracional se convierten, de forma mediata o inmediata, en procesos que conducen a la muerte» (Morin, 1984, p. 301).

El primer paso para poder enfrentarnos a los desafíos más importantes a nivel global, según Morin, es poner fin a la desunión de las culturas científica y humanística, como si formasen parte independientemente de cajones estancos, cuando en realidad forman parte de una misma realidad. Creo que Morin está en lo cierto, y que la proliferación de bulos y del fenómeno de la posverdad es, precisamente, fruto de la desunión de las culturas científica y humanística. De la condescendencia con la que la cultura científica ha tratado a la humanística desde hace décadas en territorios occidentales surge un pensamiento sesgado, el cual ofrece datos empíricos que deberían ser interpretados no solamente científica sino también humanísticamente. Es, precisamente, mediante la interpretación humanística de hechos empíricos como pueden comprenderse los hechos, pues recordemos que, como decía Wittgenstein, los hechos por sí solos no dicen nada (Wittgenstein, 1986, p. 127), sino que requieren personas que hagan sentido de las leyes o de cualquier otra interpretación que pueda realizarse de dichos hechos. En nuestros días, aunque contamos con mayor consenso científico que nunca en la historia a nivel global, y aunque la investigación en materia de salud es más fuerte y abarca mayor porcentaje de población global que nunca, una falta de comprensión humanística de éstos hace que proliferen bulos que atacan precisamente medidas sanitarias básicas. Una adecuada interpretación de hechos a través de la unión de las culturas científica y humanística permitiría que los ciudadanos comprendiesen que la adhesión a las medidas sanitarias más básicas no procede de una forma de controlar a la ciudadanía, sino que supone una forma de convivencia del individuo para con el *otro*, en su responsabilidad social y ciudadana, así como para su realidad como especie, que es susceptible de ser vulnerable a diferentes cuerpos biológicos, como puede ser la Covid-19. Es decir: la unión de la tríada antropológica y su comprensión por la masa social podría permitir la nula incidencia del fenómeno de la posverdad en problemas tan acuciantes como es la aparición de la Covid-19, lo cual, en última instancia, y de modo directo, salvaría vidas humanas.

De ese modo, mediante la antropológica «se formarán personas aptas que respondan a los desafíos de la globalidad y complejidad en la vida cotidiana, social, política, nacional y mundial» (Rodríguez, 2019, p. 63), lo cual debe comenzar a realizarse desde la educación. Es, precisamente, el papel de la enseñanza pública hacer converger estas dos culturas para que los discentes, que en el futuro próximo serán ciudadanos adultos capaces de tomar decisiones independientes que tendrán incidencia directa en sí mismos y en los demás, sean capaces de enfrentarse a cuestiones como las que nos ocupan, tal y como explícitamente señala Morin:

Además, la enseñanza pública en su conjunto se halla a contrapelo de los medios y a menudo no sabe cómo reaccionar, a no ser con desprecio, a la fascinación que despiertan las pantallas en los

niños y, más ampliamente, a la «cultura de masas» que impregna no solo a los niños y adolescentes, sino a la sociedad en su conjunto. Además, y principalmente, Internet viene ahora a añadir un gigantesco desorden cultural de saberes, rumores, creencias, de todos los tipos, especie de escuela salvaje que rodea la escuela oficial, donde van a formarse las nuevas generaciones. [...] La enseñanza pública sufre la competencia, el cerco, la asfixia, el asedio de los medios, la televisión y, cada vez más, de Internet. Los niños y adolescentes aprenden vivir al principio por su familia o en la calle, después por los medios, la televisión y, sobre todo, por la gigantesca productora de conocimientos enciclopédicos en expansión que es Internet. [...] Todo lo que tiene de humanista nuestra enseñanza sufre dos presiones gigantescas, una que quiere colonizarla en su interior, la de la economía llamada liberal y del tecnocratismo dominantes, la otra que la corroe y la reduce desde el exterior, la de los medios y de Internet (Morin, 2015, p. 49).

En estas palabras comprobamos la conciencia que Morin posee con respecto a los retos tecnológicos de nuestros días: la educación pública tiene el reto de enfrentarse al fenómeno de la posverdad y de la desinformación, que, tal como señala, no proviene de otro lugar sino de la economía liberal, pues la finalidad de la difusión de, entre otros, bulos e informaciones falsas, no es otra que la de conseguir beneficio político (a través de la consecución de votos por parte de ciudadanos que reciben estas informaciones falsas) y económico (a través de la ocupación del poder mediante procesos democráticos legítimos en los que anteriormente se ha modificado el pensamiento de las personas mediante la desinformación, principalmente a través de la sociedad digital). En el aspecto social y antropológico, solamente una antropoética podría ayudar a los ciudadanos a salir de tal embrollo.

Del mismo modo, una adecuada comprensión y puesta en práctica de la antropoética nos permitiría tener una inteligencia que abarque esta actitud antropológica, la cual permitiría asumir la humanización y la ética para con *el otro*:

[...] es posible avanzar hacia una inteligencia más comprensiva y menos simplificadora, que el ser humano debe desarrollar desde la provocación de la composición y el amor por la humanidad; esto se traduce en un sentir que lo lleva a la acción y al actuar desde una antropoética. Más en concreto, Morin afirma que la antropoética supone asumir la humana condición individuo-sociedad-especie en la complejidad actual, lograr en nuestra conciencia personal la humanidad, asumir el destino humano. Así, pues, la misión antropológica del milenio debe enfocarse en trabajar para la humanización, de-

sarrollar la ética de la solidaridad y la ética de la comprensión, y enseñar la ética del género humano (Rodríguez, 2017, p. 427).

Una reconstrucción de esta tríada antropológica debería comenzarse, por tanto, a través de la reconstrucción de la educación pública en base a la combinación de las nociones de individuo, sociedad y especie. Esta reconstrucción no tendría que estar posicionada en contra de la cultura digital, sino que, contrariamente, debería abarcarla, haciéndola suya para alcanzar los beneficios que se pueden conseguir.

El desarrollo de una gratuidad de adquisición de conocimientos, de adquisición de literatura, de música, la posibilidad de difundir gratuitamente el saber y el arte en todo el planeta, en curso de realización, por una parte nos abre una posibilidad muy amplia de democratización cultural y, por otra, nos obliga a repensar todo el sistema de enseñanza. A pesar de todas las comunicaciones por videos, Skype y otros, en Internet falta la presencia física, camal, psíquica, activa, reactiva y retroactiva del educador, no como auxiliar sino como director de orquesta que permita considerar, criticar, organizar los conocimientos de Internet. Depende de nosotros civilizar esta revolución introduciendo en ella el Eros del director de orquesta, maestro o profesor, que puede y debe guiar la revolución pedagógica del conocimiento y del pensamiento. ¿Quién más que ese director de orquesta podría enseñar concretamente las trampas del error, de la ilusión, del conocimiento reductor o mutilado en un diálogo permanente con el alumno? (Morin, 2015, pp. 135-136).

En palabras de Morin, por tanto, habría que civilizar el entorno digital, de modo que consigamos adquirir y utilizar para nuestro beneficio todas las ventajas de la comunicación digital. Esto es especialmente importante en el caso de los procesos de aprendizaje, donde el entorno digital posee una incidencia directa sobre los discentes, en tanto que han y están creciendo y desarrollándose como seres humanos en el mundo digital, en el que herramientas como redes sociales o comunidades virtuales son el pan de cada día. Es por ello que, en lugar de rechazar el cambio, tenemos que aceptarlo y utilizarlo adecuadamente.

Por otra parte, necesitamos comprender la magnitud de un conjunto de cambios fundamentales que han tenido lugar en la ciencia, los conocimientos, las tecnologías, el planeta y la vida de las personas. Ellos incluyen la revolución científica y tecnológica, la subversión material y espiritual de la vida cotidiana, la creación de instrumentos de trabajo de nuevo tipo, el cambio tecnológico, la emergencia de nuevos saberes, el replanteamiento del problema de los conocimientos y la reconsideración del problema ambiental (Morin, 2014, p. 17).

Por tanto, el camino a recorrer para solucionar los problemas derivados de los fenómenos de la posverdad y la desinformación pasa por la reconstrucción del proyecto antropológico, incidiendo en las tres realidades de individuo-sociedad-especie. Esto debe comenzar desde la base educativa, de modo que podamos pre-

sentar una realidad social que sea de beneficio a la totalidad de dicha tríada, y no solamente a una serie de individuos que puedan actuar sin tener en cuenta ni al prójimo ni a la realidad biológica, la cual solamente mediante una adecuada conciencia ecológica podrá resolverse.

4. CONCLUSIONES

Si los textos que hemos señalado de Morin dejan algo claro es que buscar un retorno al humanismo es una estrategia adecuada para solucionar los problemas actuales que acucian las sociedades occidentales. Somos, en este sentido, fruto de un desgarrar filosófico: el de la separación de las culturas humanística y científica que originalmente se presentaban unidas y que se separaron a partir del desarrollo de las ciencias empíricas durante el siglo XVII y principios del XVIII.

De este modo, una forma activa de poner en práctica la unión de las culturas científica y humanística es poner en práctica el proyecto antropeúico, una concepción antropológica que busca la interacción continua entre los aspectos humanos en su realidad en tres niveles: como individuo, como sociedad y como especie. Esta antropeúica sirve no solamente para configurar nuestro lugar en el mundo, sino también, como extensión y como resultado de ello, para solucionar los problemas del nuestro día a día en los que la sociedad se ve imbuida.

El caso más relevante que puede ser atendido mediante una aplicación adecuada de la antropeúica es el caso de los fenómenos de la posverdad y la desinformación, los cuales, en los últimos años, han provocado un principio de desestabilización de los fundamentos democráticos de la sociedad. Es por ello que peligra enormemente el nivel social de la antropeúica (siendo estos fundamentos democráticos la base de nuestra convivencia en sociedad), así como el individual (en tanto se busca solamente el beneficio para el individuo inmediato, sin tener en cuenta al prójimo) y el de su realidad como especie (en tanto que estas prácticas ponen claramente en peligro el equilibrio ecológico de los recursos de los que dispone el planeta).

Estos fenómenos se han generado y han crecido principalmente a través de internet, utilizando distintos tipos de herramientas digitales y difundiendo ítems de información, a menudo falsa o de carácter sesgado, con los que se busca, primeramente, la viralización de dichos ítems, alcanzando de ese modo a una enorme masa de usuarios de las redes; y, por otro, la modificación del pensamiento de las personas que reciben dicha información, la cual posee un alto poder sugestivo y posee un claro corte ideológico, buscando situar la posición ideológica de los sujetos en los extremos del espectro político.

Sin embargo, a pesar de lo que pueda parecer, no solamente se trata de que este problema tenga una incidencia política y social, sino también antropológica, en tanto que desequilibra la naturaleza del ser humano con respecto a su relación con la sociedad y con la especie.

Si bien las tecnologías digitales poseen muchas ventajas que deben ser tenidas en cuenta, no debemos restarle importancia a los aspectos negativos que pueden ofrecer estas tecnologías. Es cierto que la tecnología digital, aplicada a un contexto constructivo, positivo y educativo, es una gran aliada. Además, el uso de la tecnología digital es necesario en nuestros días, pues no sería una solución realista intentar volver a la sociedad y a la organización social existente décadas atrás. Más bien hay que acoger la realidad de estas tecnologías y utilizarlas para beneficio tanto de la sociedad, como del individuo y de la especie, volviendo de nuevo a la tríada de la antropoética.

Por tanto, la antropoética es de utilidad, primeramente, para atestiguar la importancia de uno de los problemas más acuciantes de nuestra era, especialmente en el contexto de aparición de la Covid-19, donde los fenómenos de la posverdad y de la desinformación han tenido más incidencia directa que nunca sobre la sociedad. Debemos recordar, de hecho, que el mismo Morin ha señalado que existen procesos degenerativos presentes en las democracias modernas que amenazan con minimizar los principios y fundamentos democráticos que las sostienen. Tal es el caso del fenómeno que tratamos en este trabajo; y segundo, también es de utilidad para proponer una solución apropiada a esta cuestión, pues una adecuada interacción de la tríada de realidades humanas propuesta en la antropoética serviría para buscar un equilibrio antropológico que nos ayudaría a desarrollar nuestra existencia en una sociedad pacífica.

Si bien Morin no hace una referencia directa a estas cuestiones en sus textos, lo cual es comprensible, pues la rapidez con la que se está desarrollando esta problemática es superior a la capacidad que posee la industria editorial para presentar a los ciudadanos reflexiones pausadas y apropiadas, sí que presenta ideas que muestran principios sobre cómo él comprende este tipo de cuestiones y sobre cómo debemos comenzar a actuar. De ello encontramos un ejemplo claro en las ideas que presenta Morin con respecto al debilitamiento de la responsabilidad y de la solidaridad en relación con el resto de los individuos presentes en nuestra sociedad contemporánea, lo cual parece estar aumentando en los últimos tiempos. Esto es especialmente relevante en nuestros días, cuando hemos sido testigos de que durante la primera mitad de 2020 han surgido multitud de bulos que aprovechan la situación de vulnerabilidad respecto a la Covid-19 para difundir informaciones falsas sobre, por ejemplo, los supuestos contagios de extranjeros que pretenden entrar en tierras europeas, lo cual posee un claro matiz político e ideológico. Esto nos lleva directamente al denominado por Morin como «desafío de los desafíos», que hace referencia a la necesaria unión de las culturas científica y humanística, lo cual, de nuevo, nos permitiría tener una formación adecuada para tratar y prevenir este tipo de problemas.

Cabría preguntarse, del mismo modo, y como parte de este desafío de los desafíos, qué entiende en sus textos Morin por la noción de *verdad* si pretendemos

compararla con el fenómeno de la posverdad. En este sentido, el pensador presenta una noción de *verdad* a dos niveles: la verdad perteneciente a dicha cultura científica, concepto que nace en la modernidad, y que se convierte en un punto central de la historia del pensamiento científico mediante el proyecto ilustrado; y la verdad en su aspecto social. Es ésta última noción de verdad la que nos interesa de modo directo, pues la proliferación de bulos muestra que hay un tipo de verdad *social* que debe defenderse, en tanto que de ello depende la confianza en el resto de individuos como sociedad. Es por ello, señala Morin, que se debe dudar de la duda. Ello no significa, sin embargo, que eliminemos el mundo de las apariencias y del desorden en el que se presenta nuestra realidad inmediata, mundo que hay que acoger en sus contradicciones para hacer sentido de él, tal y como señala el filósofo:

El verdadero problema, al que volveré, es que ese mundo de las apariencias, de los epifenómenos, del desorden, de las interacciones es, al mismo tiempo, nuestro mundo, y que, en el tras-mundo, no existe el orden soberano, sino otra cosa (Morin, 2005, p. 145).

Por todo ello, el camino a seguir para presentar una solución adecuada a esta problemática debe ser el de la antropoética: solamente una reflexión compleja respecto a nuestro lugar con respecto al *otro* (incluyendo nuestra posición como seres humanos en un planeta enfermo) puede llevarnos a una estructura social que prevea e impida la proliferación de pensamiento que utilice la mentira y la desestabilización democrática con fines ideológicos, políticos, económicos, y en última instancia, antropológicos.

Cabría preguntarse, por tanto, ¿de qué modo aplicar la antropoética y transmitirla a futuras generaciones? En diferentes textos de Morin encontramos indicios que señalan que esta tarea debería comenzar a realizarse mediante los procesos educativos. Es decir: es mediante la educación como el ser humano debe acoger el hecho tecnológico y, en vez de desterrarlo en un ejercicio de nostalgia, acogerlo como aliado para transmitir a los discentes que el individuo solamente puede convivir pacíficamente mediante la aceptación y convivencia activa con el prójimo y con el entorno que le rodea. Una forma de hacer esto es realizar un ejercicio de civilización del entorno digital, tarea todavía por realizar en la mayoría de países europeos.

Vemos, para terminar, que nos ha tocado vivir tiempos extraños en una sociedad que, en ocasiones, actúa de un modo extraño. Quizá esa extrañeza sea la que nos hace humanos, en el sentido de que es imposible comprender todo el abanico de contradicciones que presentamos como individuos. Creo que la antropoética de Morin puede actuar como faro para guiar, sin embargo, estas extrañezas, y que

podamos aceptarlas para, a la vez, superarlas, y conseguir de ese modo una sociedad que esté a la altura de los retos que se nos presentan.

REFERENCIAS

- García Moro, Francisco José; Gadea Aiello, Walter Federico; y Palomo, Miguel (2020). Educación para el cambio. En Gustavo García, Javier Augusto Nicoletti y Walter Federico Gadea Aiello (coords.), *Educación y participación para una sociedad inclusiva* (pp. 12-26). Ciencia y Técnica Administrativa.
- Hessel, Stéphane, y Morin, Edgar (2012). *El camino de la esperanza: una llamada a la movilización cívica*. Destino.
- Manjarrez Betancourt, Martin; y Alvarado Hernández, Víctor Manuel (2009). La conformación de la antropológica a través de la tutoría académica en educación superior. El caso del posgrado. *Revista Educación*, 33(1), 167-176.
- Morin, Edgar (1984). *Ciencia con consciencia*. Anthropos.
- (2005). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.
- (2011). *¿Hacia dónde va el mundo?* Paidós.
- (2014). *Reinventar la educación: abriendo caminos a la metamorfosis de la humanidad*. Multiversidad Mundo Real Edgar Morin.
- (2015). *Enseñar a vivir: manifiesto para cambiar la educación*. Ediciones Nueva Visión.
- Palomo, Miguel (2020). Comunidades virtuales de interés: problemas epistemológicos de la educación en la era de la posverdad y la sociedad digital post-Covid19. *Dilemata*, 33, 209–219. <https://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/412000367>
- (2021a). How disinformation kills: philosophical challenges in the post-Covid society. *History and Philosophy of the Life Sciences*, 43(2), 51. <https://doi.org/10.1007/s40656-021-00408-4>
- (2021b). Incidencias filosóficas actuales en la sociedad digital: ideologías, desinformación y confusión epistemológica. *Arbor*, 197(802), a630, 1-8. <https://doi.org/10.3989/arbor.2021.802008>
- (2021c). Derivas filosóficas y antropológicas en la sociedad postcovid. En Manuel Bermúdez Vázquez (coord.), *Lucas en el camino: filosofía y ciencias sociales en tiempos de desconcierto* (pp. 136-151). Dykinson.
- Rodríguez, Milagros Elena (2017). Currículum, educación y cultura en la formación docente del siglo XXI desde la complejidad. *Revista Educación y Humanismo*, 19(33), 425-440.

- (2019). Criticidad, antropeética y complejidad en la cabeza bien puesta. Repensar la reforma. Repensar el pensamiento con Edgar Morín. *Praxis Investigativa Redie*, 11, 60-74.
- Tello, César (2011). Epistemologías de la política educativa y justicia social en América Latina. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas, volumen especial América Latina*, número especial dedicado a América Latina, 489-500.
- Wagner, Astrid (2021). Participación y deliberación en tiempos de pandemia. En *Salud pública y Covid* (pp. 34-45). Fundació Víctor Grífols i Lucas.
- Wittgenstein, Ludwig (1986). *Diario filosófico (1914-1916)*. Planeta-DeAgostini.

